

Guillermo Furlong

el amante de los libros

Director de la biblioteca

En 1887 el Colegio del Salvador habilitó en el primer piso un salón de 36 por 13 metros, usado originalmente como dormitorio para alumnos pupilos, para instalar la biblioteca que durante años estuvo a cargo de Furlong, quien además de director, durante años, fue su único bibliotecario, celoso custodio de toda la colección y difusor de algunas de sus joyas bibliográficas.

A mediados de 1937 el antropólogo Julián Cáceres Freyre comenzó a frecuentar a Furlong y concurrir a esa biblioteca. Muchos años después, publicó *Bibliotecas que he conocido como estudiante e investigador*, donde dice que en 1944 contaba con 42000 libros y recuerda: “En los años en que yo concurría (1937 a 1950) la biblioteca no tenía personal que la atendiera, fichándola e incrementando sus fondos”.

Para sus trabajos personales, desde 1940 y durante años, Furlong dispuso de un cuarto a la izquierda de la entrada principal de la biblioteca. En el salón siempre se lo encontraba con algún alumno haciéndole consultas o pidiéndole su asesoramiento. Una de sus ambiciones era entusiasmar a la muchachada en el estudio y preservación de los textos antiguos, como lo recomendó en 1930 en el número inicial de la revista *El Colegio* (Montevideo): “Jóvenes amad los libros... viejos”.

También concurrían colegas historiadores y cultores de disciplinas afines para dialogar con él. En cambio, los sacerdotes preferían retirar publicaciones para leer en sus habitaciones.

Tan firme era en sus convicciones que no dejó de mantener relaciones con colegas rivales en pensamientos, entre ellos el anarquista español Diego Abad de Santillán (seudónimo de Sinesio Baudillo García Fernández) y el historiador polaco-argentino Boleslao Lewin, especializado en el estudio de la Inquisición en Hispanoamérica.

Con Abad de Santillán, quien le fue presentado por Carlos Gregorio Romero Sosa, colaboró en los capítulos referidos al período hispánico en la *Historia Argentina* que aquel publicó en 1965.

Por sus ideas y publicaciones Lewin, de carácter irascible, no concurría a esta biblioteca para evitar encontronazos con algún sacerdote, pero cuando necesitaba algún libro Furlong lo esperaba afuera del Co-

legio y se lo daba en préstamo. Tuve el privilegio de mantener amistad tanto con Furlong como con Lewin y ambos por separado me contaron la misma anécdota.

La presencia de Furlong al frente de la biblioteca redundó en una notable afluencia de donaciones de obras de distintas disciplinas por parte de autores nacionales y extranjeros. Mientras estuvo en esa función, inició una serie de breves notas dedicadas a “Libros curiosos y raros que se conservan en el Colegio del Salvador”, publicadas en *El Salvador* (Buenos Aires), medio de abundante circulación entre el alumnado de ese colegio confesional.

Entre los años 1939 y 1944, se refirió a antiguos libros que contenían catecismos, confesionarios, sermones, cartas pastorales, oraciones patrióticas, novenas, bulas, concilios, manuales y otros temas religiosos, todos ellos de muy antigua data.

Gracias a su gestión, la editorial Amorrortu confeccionó en 1947 una edición facsimilar de la primera edición de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola. Por entonces, se conocían dos ejemplares de la edición príncipe romana de *Exercitia Spiritvalia*, publicada en 1548; uno de ellos estaba en la biblioteca del Colegio del Salvador y fue usado para este fin.

Ya en 1955, en *Noticias de la Compañía de Jesús* (Buenos Aires) informó que en la Biblioteca de Colegio del Salvador había más de 150000 volúmenes.

Supo polemizar y reclamar

Cuando en 1930 la tradicional librería inglesa Maggs Brothers puso en venta un ejemplar del impreso misionero *Diferencia entre lo temporal y lo eterno*, del jesuita Juan Eusebio Nieremberg al precio de 750 libras, lanzó la noticia desde la revista *Criterio* (Buenos Aires). Furlong abrigaba la esperanza de que “el más raro y valioso incunable de nuestra imprenta colonial”, como lo justipreció Cáceres Freyre, fuera adquirido para el país, pero el resultado fue otro.

Salvo algunos trabajos vinculados con su profesión de abogado y algunas pequeñas ediciones privadas, la escasa producción de Ricardo Victorica se caracterizó por una permanente búsqueda de los errores de terceros; uno de sus elegidos fue José Toribio Medina, cuando a este le publicaron dos volúmenes con un conjunto de registros titulado *Diccionario de Anónimos y Seudónimos Hispano-Americanos*, en 1925.

Baste con recordar que en la dedicatoria estampada por Victorica en el segundo libro con el que le espetó, *Nueva epanortosis al Diccionario de Anónimos y Seudónimos de J. T. Medina*, dice “A los manes de Paul Grousac que nunca transigió con los simuladores”. Y en la introducción referida a Medina no deja de descalificarlo de las maneras más hirientes.

Esto molestó mucho a Furlong, quien aguardó paciente el momento oportuno para responderle, aunque admonitoriamente. En el mismo año, 1929, en que apareció la *Nueva epanortosis*, Furlong le salió al cruce con una “Carta abierta sobre bibliografía rioplatense” en la revista *Estudios* (Buenos Aires).

Tomando algunos datos biográficos de un artículo publicado en la *Revista del Museo de La Plata* por Emilia del Valle Silva y Ricardo Alonso sobre su aporte a la bibliografía geológica, aprovechó para recordar que la obra en el campo de la bibliografía y la información del bibliotecario Enrique Sparn no escapó a la ponderación de Furlong.

Heinrich Max Sparn (1889-1966), cuyo nombre de pila devino en el castellano Enrique, además de bibliotecario fue un notable bibliógrafo. Se desempeñó en varios organismos de la cultura, y su labor en la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba, desde 1918 hasta 1954, y su gran aporte como bibliógrafo científico los destacó Furlong en el extenso artículo “Enrique Sparn y su bibliotecofilia”, publicado en la entrega de *Estudios* (Buenos Aires) correspondiente al mes de agosto de 1947. Dejó en preparación un borrador sobre Antonio Zinny de 54 hojas, con datos sobre él, en particular su actuación como bibliógrafo e historiador.

Con los medios que actualmente aporta la tecnología para la investigación y la información no es fácil advertir las dificultades que se atravesaban en épocas pasadas cuando surgía la necesidad o el deseo de averiguar, de conocer, sobre cualquier tema. Al mismo tiempo, el servicio de referencia o simplemente el bibliotecario, en muchos casos, carecían de instrumentos auxiliares para responder.

Hay testimonios de quienes padecieron esa carencia. Furlong, como historiador y también bibliotecario, alzó su voz en 1954 desde el diario *El Pueblo* (Buenos Aires) reclamando por las compilaciones bibliográficas, tal vez de manera exagerada: bajo el epígrafe “Una tarea imposterable”, sostenía que:

Los inventarios bibliográficos, ya sean generales, ya sobre temas particulares, son indispensables instrumentos de labor y son signos inequívocos de cultura. Un pueblo sin repertorios bibliográficos es un pueblo sin conciencia de sí mismo, y es un pueblo incapaz de orientar a los suyos por los caminos del progreso.

Entre sus inéditos hay un trabajo de 20 hojas en defensa de la profesionalización bibliotecaria y en el que critica los “métodos erróneos de catalogación y clasificación de libros, aplicados en ciertas bibliotecas por bibliotecarias inexpertas o no profesionales”. En otro texto relacionado, de 13 hojas, habla de “una peligrosa casta bibliotecológica”.

Ingreso a la Academia Nacional de la Historia

Para su incorporación a la Academia Nacional de la Historia como miembro de número, el 24 de junio de 1939 se celebró una sesión pública, presidida por Ricardo Levene, en la que el recipiendario expuso sobre “Las bibliotecas coloniales en el Río de la Plata”. Al día siguiente, el diario *La Prensa* (Buenos Aires) efectuó una extensa crónica de la conferencia; el texto completo se incluyó al año siguiente en el *Boletín* de la institución; y un fragmento en el nro. 6 de *El Colegio* (Montevideo).

Sobre este tema le antecede a su exposición “Las bibliotecas jesuíticas en las Reducciones del Paraguay y del Chaco”, en dos entregas difundidas en 1925 por la revista *Estudios* (Buenos Aires). Luego, con nuevos aportes este tema fue llevado al libro en 1944 por la editorial Huarpes, propiedad de su discípulo José Luis Trenti Rocamora, con el título *Bibliotecas argentinas durante la dominación hispánica*.

A pedido del autor, prologó el libro de Jorge Comadrán Ruiz *Bibliotecas cuyanas del siglo XVIII*, editado en 1961 por la Universidad Nacional de Cuyo. El original de este prólogo lo firmó Furlong con un seudónimo, aunque por error salió con su autónimo. No deja de resultar gracioso que al hablar de ese texto en la revista *Estudios* (Buenos Aires), se refiera a él mismo en tercera persona.

En esa misma revista, *Estudios*, en 1938 y en 1943, comentó sendos trabajos: primero el *Catálogo de la Librería Jesuítica*, editado por la Universidad Nacional de Córdoba; y el otro referido al *Inventario de la “Biblioteca de los Jesuitas”*, publicado en Perú. Entre sus inéditos se encontró un sobre rotulado “Las bibliotecas”, con 9 páginas referidas particularmente al comercio de libros en el período hispánico.

Pío XI, bibliotecario

En 1920, inicia sus colaboraciones para la *Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana* (Barcelona), hoy día más conocida por *Enciclopedia Espasa Calpe*. Sus textos debían ceñirse a un número de líneas que le determinaron. Sin excepción, estas versaban sobre célebres hombres y algún que otro tema de la Iglesia Católica. El primero de estos dedicado al escritor cristiano Orígenes de Alejandría. Al año siguiente, se ocupó

de los primeros diez pontífices que al ser elegidos adoptaron el nombre de Pío.

Al ser escogido por el cónclave como sucesor de Pedro en 1922, Achille Damiano Ambrogio Ratti también tomó el nombre de Pío. Furlong ya no colaboraba en aquella *Enciclopedia*, pero le dispensó al sucesor de Benedicto XV varias páginas en la entrega 222 de la revista *Estudios* (Buenos Aires), dado que tenía particular interés en destacar que Pío XI había sido, entre los años 1907 y 1911, prefecto de la Biblioteca Ambrosiana, y que en 1912 había pasado a desempeñarse al frente de la Biblioteca Vaticana, primero con carácter de viceprefecto.

Años más tarde y con motivo de la muerte de Pío XI y de la designación de su sucesor, quien dejó su nombre secular por el de Pío XII, publicó en el número uno de *El Salvador* (Buenos Aires) dos notas, la dedicada al primero la tituló “Un gran Pontífice ha fallecido”. Incluye Furlong nuevamente su faceta de bibliotecario cuando en 1940 da a conocer “Semblanza de Pío XI”, en el *Anuario Católico Argentino* (Buenos Aires), publicación de la Junta Central de la Acción Católica.

Con otros autores y en trabajos de terceros

En el libro *Tesoros del pasado argentino: Cultura y beneficencia durante la colonia*, de Pablo Cabrera, editado en Córdoba en 1925, aparece una breve colaboración de Furlong titulada “La Imprenta Jesuítica de Córdoba”.

En 1930 el historiador uruguayo Juan Pivel Devoto publicó en la *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay* su “Historia y bibliografía de la ‘Imprenta de la Provincia’ (1826-1829)” y de la “Imprenta de San Carlos” (1825-1827). La parte bibliográfica fue elaborada por Furlong y presenta 245 asientos.

El mismo autor y Furlong, en el *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas* de la Facultad de Filosofía y Letras (Buenos Aires), en 1930, dieron a conocer otro trabajo, esta vez sobre “La Imprenta del Ejército Republicano (1826-1828)”; también aquí Furlong confeccionó la parte bibliográfica.

Sobre “La ‘Imprenta de la Caridad’” (1822-1855) Furlong y Enrique Arana (h) publicaron un trabajo en 1933. Es una separata de la *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*. Se sabe que fue íntegramente realizado por Furlong y que el aporte de Arana solo alcanzó a 5 registros.

Cuando el Departamento de Historia de la Universidad Nacional del Noreste decidió publicar la *Historia de los Abipones*, de Martín Dobri-

zhoffer, traducida por Edmundo Wernicke, a Furlong se le solicitó una noticia biográfica y bibliográfica sobre el autor. La obra salió en 1967.

Hacedor de bibliografías

El año 1960 fue de actividad febril entre los historiadores de nuestro medio. Los organismos nacionales, provinciales y las instituciones privadas propiciaron publicaciones individuales y colectivas. Se trataba de sumarse a la conmemoración de los 150 años de la Revolución de Mayo de 1810.

Acertadamente, la Biblioteca del Congreso de la Nación y la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires incluyeron la publicación de una herramienta de trabajo para todo aquel que necesitara o quisiera profundizar los distintos aspectos que anteceden a los acontecimientos del 25 de Mayo de 1810 y en los años inmediatos posteriores.

Compartiendo su autoría con Abel Rodolfo Geoghegan, Furlong entregó a la Biblioteca del Congreso la *Bibliografía de la Revolución de Mayo: 1810-1828*. Editada en 1960, tiene 743 páginas con un total de 9336 asientos. En una sesión de 1961, la Cámara de Diputados de la Nación votó el otorgamiento de una pensión vitalicia a Furlong por esta obra.

Dos años después apareció *Mayo en la bibliografía*, trabajo realizado por integrantes del Instituto de Historia Argentina Emilio Ravignani de la Facultad de Filosofía y Letras.

A partir de este reconocimiento, Furlong continuó su labor en el campo de la bibliografía, con obras que tanto le agradaban, dando a publicidad trabajos que venía preparando. Por ejemplo, auxiliado con el aporte de M. de Barrio que publicó en la *Revista del Museo de La Plata* en 1921, Furlong confeccionó la “Bibliografía de Samuel A. Lafone Quevedo”, dada a conocer en 1962 en un *Cuaderno del Instituto Nacional de Investigaciones Folklóricas* (Buenos Aires). A los 116 títulos registrados en esta bibliografía después le sumó un estudio biográfico para la serie *Ciencias del hombre* de Ediciones Culturales Argentinas, publicado en 1965.

En la primera sección del tomo 38 del *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* (Buenos Aires) se incluyó su “Bibliografía de José Torre Revello”. Aumentada esta con una cantidad de asientos y una biografía se publicó, gracias al mecenazgo de Francis B. O’Grady, con el título *Torre Revello. A Self-Made Man*, en homenaje a su fraterno.

904 registros de libros, folletos y artículos son los que integran el ensayo biográfico sobre Manuel Belgrano que en 1970 la Academia Nacional de la Historia le publicó en *Investigaciones y Ensayos* (Buenos Aires).

Furlong usó decenas de seudónimos para firmar casi 400 trabajos, tres de estos son bibliografías: la “Bibliografía sobre Newman”, con el seudónimo Juan Cardiff en *Estudios* (Buenos Aires) en 1945; la “Bibliografía periodística del sesquicentenario del Congreso de Tucumán”, con el seudónimo Santiago Stella publicado en la entrega 575 de *Estudios* (Buenos Aires); y la “Bibliografía histórica eclesiástica argentina” en 1967, con el seudónimo Juan Cardiff, incluida en *Archivum* (Buenos Aires).

Desde 1953 hasta su fallecimiento en 1974, ayudado por Abel Rodolfo Geoghegan, reunió noticias de 12 000 publicaciones para una bibliografía del período hispánico, a integrar la *Bibliografía histórica argentina*. Este trabajo quedó entre los inéditos.

Dos bibliografías en curso las obsequió a dos de sus amigos. Se trata de la *Bibliografía de las Misiones Guaraníticas, 1585-1767*, con registros efectuados hasta 1929; y *Los jesuitas y las lenguas indígenas de América*, trabajo comenzado aproximadamente en 1924.

Bio-bibliografías

Todos los trabajos de carácter biográfico siempre los acompañó con una sección bibliográfica, a manera de apéndice. En no pocos casos ésta bien podía ser editada como trabajo independiente, de ahí que el propio autor los clasificara como bio-bibliografía o de manera inversa.

En 1939, desde las páginas del *Anuario de la Sociedad de Historia Argentina* (Buenos Aires), José Armando Seco se refirió a la *Bio-bibliografía del Deán Funes* publicada ese año por el Instituto de Estudios Americanistas de la Universidad de Córdoba.

Seco dice que en esta obra “ha quedado reunida toda la dispersa producción del Deán Funes, con un total de 614 piezas”. Furlong acopió allí todos los artículos periodísticos, sueltos sin firma y una guía bibliográfica que comprende “además la correspondencia que mantuvo Funes con distintas personas, dadas a conocer en publicaciones periodísticas”.

El Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras (Buenos Aires) incluyó en su *Boletín* (v. 28 no. 97-100) la *Bio-Bibliografía de Monseñor Cabrera*. Un poco más de 200 páginas de este Boletín se destinaron a esta bibliografía de Furlong, donde se registran 417 asientos con las publicaciones de Cabrera, incluyendo piezas inéditas y trabajos escritos sobre él.

Para celebrar en 1944 el cincuentenario de la Academia Nacional de la Historia, se publicaron tres libros, uno de estos es la *Bibliografía de Andrés Lamas*, confeccionada por Furlong.

La bibliografía de Pedro Ignacio de Castro Barros la publicó en 1960, en *Archivum* (Buenos Aires), la revista de la Junta de Historia Eclesiástica Argentina. No tan rica en asientos —son 97— como en sus anotaciones, que incluyen hasta indicaciones de las bibliotecas que poseen ejemplares, es decir las consultadas por él mismo.

Exposiciones sobre el libro

Se le encomienda la organización de la Primera Exposición del Libro Primitivo Argentino a realizarse en el mes de noviembre de 1928. El 14 de noviembre, el diario *La Nación* (Buenos Aires) informó que en la inauguración Furlong había pronunciado una conferencia sobre “La Imprenta de la Misiones Guaraníticas”; un extracto de esta se difundió luego en una circular de los *Cursos de Cultura Católica*.

Al cumplir la Casa Kraft 85 años de existencia (1864-1949) en la asociación Amigos del Libro, se realizó un acto de homenaje. Furlong fue invitado a pronunciar un discurso, que posteriormente fue incluido por la editorial en una publicación conmemorativa de excelencia tipográfica, cuya distribución inexplicablemente demoró algunos años.

Recensiones

En esta labor fue tan prolífico como en su producción autoral. Salvo excepciones, todas las recensiones son breves, no exceden de una o dos páginas, pero ponen de manifiesto la lectura crítica de la publicación.

Fue ecuánime a la hora de justipreciar la labor de sus colegas, aunque siempre dispuesto a exagerar el elogio cuando se trataba de alguien que hacía sus primeras armas. Se sabe de cientos y cientos de recensiones publicadas en 14 medios, dos en el exterior y uno en Santa Fe; el resto fue editado en medios porteños.

Cuando el autor trataba un tema específico, Furlong entregaba su crítica a la publicación especializada en la materia. He localizado recensiones en el *Boletín de la Comisión Nacional de Monumentos y Lugares Históricos*, los *Anales de la Academia Argentina de Geografía* y en los *Anales del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas*. Otras fueron publicadas por el semanario *Esquiú Color*, las revistas *Criterio*, *Nuestra Historia*, *El Mensajero del Corazón de Jesús*, *Universitas*, *Archivum* e *Historia* —dirigida por Raúl A. Molina— y en el suplemento del diario Clarín mientras estuvo a cargo de Félix Luna.

Entre estas recensiones, 22 están dedicadas al libro, la imprenta, las bibliografías, la lectura, las bibliotecas, los índices de revistas y los ca-

tálogos; 16 fueron publicadas en *Estudios*, 5 en *Historia* y 1 en *Archivum*.

De estas reseñas son destacables dos referidas a trabajos de Domingo Buonocore, el hombre que sin ser profesional de bibliotecología mucho ha hecho por ella. De amplia formación y contando en su haber 20 años al frente de la Biblioteca de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad del Litoral, en 1958 el presidente Arturo Frondizi pensó en él para sustituir a Jorge Luis Borges en la dirección de la Biblioteca Nacional, pero Buonocore no aceptó por no ganarse su inquina.

Por distintos motivos, algunas de estas 22 reseñas fueron firmadas con los seudónimos Francisco Talbot, Juan Cardiff, el inicialónimo G. F. y Eugenio Beck.

Arte tipográfico en América

Sus investigaciones sobre los orígenes del arte tipográfico en América, con igual título, fueron reunidas en un libro editado por Huarpes, aunque impreso en los talleres gráficos de Guillermo Kraft en 1947. Le preceden algunas páginas sobre el arte tipográfico en Oriente y Europa.

Este libro es una síntesis aligerada de contribuciones periódicas elaboradas durante un cuarto de siglo. El autor optó por suprimir en lo posible del texto todo “el aparato de notas y citas, y eliminando todo lo que aquellos traían de abstruso y excesivamente técnico”.

Desde que en 1918 publicó en *Estudios* (Buenos Aires) “Orígenes de la imprenta en las regiones del Río de la Plata”, su primer trabajo sobre el tema, hasta 1943 cuando, a solicitud de la Asociación de Industriales Gráficos de la Argentina, escribió el último —“Los primeros libros y los primeros impresores argentinos”—, incluido en el número extraordinario de *Argentina Gráfica* (Buenos Aires), en varias oportunidades retomó el tema en alguno de sus aspectos.

Todos estos trabajos fueron dados a conocer alternativamente en *Estudios* (Buenos Aires), *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba* (Córdoba), *Nuestra Revista* (Buenos Aires), diario *La Nación* (Buenos Aires), *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas* de la Facultad de Filosofía y Letras (Buenos Aires), *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay* (Montevideo), *El Colegio* (Montevideo) y el *Boletín de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares* (Buenos Aires).

No faltan aquellos autores y autoras que al decidir utilizar un seudónimo escogen el que mejor puede definirlos o hablan de alguna de sus

facetas personales. Cuando debió firmar el de “Los monjes y las bibliotecas medioevales”, en *Nuestra Revista*, optó por el seudónimo J. Booklover, llamándose a sí mismo lo que realmente fue: amante de los libros.

Un gran inventario

A mediados del mes de julio del año 1953, la editorial Guaranía publicó el primer tomo de la *Historia y bibliografía de las primeras imprentas rioplatenses*, que comprende aquellas piezas editadas desde el año 1700 hasta mediados del siglo XIX, en las imprentas de las Reducciones del Paraguay, Córdoba, Buenos Aires y Montevideo.

Este tomo y los sucesivos presentan dos portadas: en la principal figuran como autores Furlong, Juan E. Pivel Devoto, Efraín Cardozo y Manuel Selva; en la segunda se aclara que la autoría pertenece solo a Furlong, cosa que confirma el colofón de todos los tomos, en los que dice: “como ha sido escrito por quien es miembro de la Compañía de Jesús, cuenta con la aprobación otorgada”, refiere al imprimátur.

Hay un tomo V que quedó inédito, circunscripto a *La imprenta en Buenos Aires, 1816-1819*. Según lo anota Geoghegan es de 2100 hojas aproximadamente, algunas mecanografiadas y otra manuscritas, con dos apéndices que contienen “Impresos anteriores a 1816” e “Impresos uruguayos, 1816-1848”.

Estas son obras tan importantes por su contenido como de escasa venta; dedicadas al interés de los investigadores de la historia del libro, el periodismo y del arte tipográfico colonial y poscolonial, no lo es para el público general.

La característica señalada de esta obra dificultó su edición, lo cual se pone en evidencia al comprobarse que Furlong se vio obligado a solicitar el concurso económico de otras editoriales para sacar los tomos siguientes: el II a la Librería del Plata (1955) y también el III (1960), pero impreso este en los talleres rosarinos de la Librería y Editorial Castellví; y el IV a Librería Huemul (1975). Habiendo transcurrido 22 años entre la publicación del primer tomo y el cuarto, todos presentan igual diseño de tapa y en su interior idéntica característica tipográfica.

En el tomo I Furlong aporta un relato documentado y actualizado de todo cuanto entonces se sabía sobre la historia de la imprenta en las Reducciones del Paraguay (1700-1727), Córdoba (1765-1767), Buenos Aires (1780-1810) y en Montevideo (1807-1810). A partir de la página 309, inicia el inventario de la producción en cada una de aquellas imprentas y se prolonga a través de los tomos restantes, incluyendo el V, que quedó inédito.

Individualmente, nadie puede de la nada producir una obra con estas características, menos si el autor se ocupaba en otros temas y quehaceres debido a su misión sacerdotal en la Compañía de Jesús. Furlong contó con los que en los últimos decenios del siglo XIX hicieron relevamientos de la producción rioplatense y los que fueron apareciendo durante el siglo XX, más los dedicados a Córdoba y Paraguay.

Como siempre fue su método de trabajo, no reprodujo de ellos cuanto decían a pie juntillas, sino que fue verificando cada una de sus informaciones y analizando con sentido crítico los comentarios; digamos que confrontó las contribuciones y las opiniones entre ellos y sumó su aporte esclarecedor. Esto se encuentra en cada registro del inventario analítico de impresos publicados en esas imprentas. Su descripción es de un cuidado extremo, con el agregado de todos los datos tipográficos.

Con el pormenorizado resumen de contenido de cada impreso, más las muchas transcripciones de extensos párrafos, salvo casos puntuales en los que el o los impresos sean clave para alguna investigación, casi no es necesario recurrir a la consulta de las piezas originales o el facsímil.

Furlong deja asentado el o los ejemplares consultados del impreso y en qué biblioteca pública o colección privada lo hizo; las diferencias que a veces suele presentar cada uno de ellos por ser de diferente tirada, si tiene anotaciones marginales o de cualquier otro tipo y si en algún repositorio lo encontró encuadernado. Este inventario se complementó con un índice auxiliar en cada tomo de personas mencionadas, materias y primeras palabras de los impresos.